

ha impuesto la voluntad divina, la de entregarse enteramente á la dirección de las escuelas cristianas? Pues no vacila en hacer la renuncia, á pesar de los obstáculos que el mundo y la carne le ponen delante, y, después de porfiada lucha con amigos, con parientes, con sus mismos superiores eclesiásticos, que sólo á duras penas prestan su consentimiento á aquel acto, el Beato ve coronados sus deseos y canta con los Hermanos el *Te-déum* de su victoria, como en otro tiempo hiciéralo San Bruno, canónigo de la misma iglesia. Por este tiempo había dicho adiós eterno á la casa paterna, había roto casi enteramente los dulces lazos de una familia tiernamente amada, pasando á vivir en comunidad con los nuevos hermanos que trataba de educar. Pero todavía conservaba sus bienes de fortuna, que para aquellos tiempos eran considerables, como que ascendía á cuarenta mil francos. ¿Podrá el siervo de Dios permanecer tranquilo oyendo en su interior la voz de Jesucristo, que le decía: *El que no renuncia á todo cuanto posee, no puede ser mi discípulo*<sup>1</sup>? y: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dáselo á los pobres*<sup>2</sup>? La resolución no se hizo aguardar un momento; y, si tardó dos años enteros en repartir todos sus bienes entre los pobres acosados por el hambre, fué por hacer la distribución paulatinamente y sin ruido, según el consejo del evangelio<sup>3</sup>. He ahí, pues, á nuestro Juan completamente desprendido del mundo para seguir al desnudo Jesús: había dado el todo por el todo<sup>4</sup>. El noble canónigo, criado en el regalo y la abundancia, es ya un mendigo que no encuentra alguna vez para satisfacer el hambre en un

<sup>1</sup> Luc. 14, 23.      <sup>2</sup> Matth. 19, 21.      <sup>3</sup> Matth. 6, 3.

<sup>4</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 31.

camino, más que un mendrugo de pan negro dado de limosna por una pobre vejezuela<sup>1</sup>. En más de una ocasión, cuando el hambre desoladora afligía al país, como aconteció por los años de 1693 y 1694, el Bienaventurado Pobre de Cristo hubo de sufrir, en compañía de sus hermanos, los rigores del azote, careciendo en absoluto de pan, pasando ayunos todo el día<sup>2</sup>. Pero fuera de estos casos, ¿no era la pobreza, la fiel compañera de toda su vida? ¿no fué su espíritu la preciosa herencia que legó á sus queridos hermanos? La casa de Vaugirard, donde abrió el primer Noviciado en que habían de formarse los Hermanos, era semejante á Belén y Nazaret, el hogar de la pobreza religiosa. Las paredes agrietadas y los techos llenos de aberturas dejaban penetrar por todas partes el frío, el viento y la lluvia, careciendo de estufa en el invierno: la comida era frugal y á menudo insuficiente para hombres de tan recio trabajo; y, sin embargo, el espíritu que transmitía el Fundador á sus hijos, inundaba á todos en los más dulces sentimientos: probaban las dulzuras de la perfecta abnegación<sup>3</sup>.

9. Pero ésta no consiste solamente, como bien sabéis, hermanos míos, en la austeridad de la pobreza ni en las maceraciones de la carne, por más que, como las del Beato La Salle, sean tan espantosas como las de los antiguos anacoretas de la Tebaida. Hay cosas todavía más duras para el corazón humano, hay sacrificios del amor propio, en los cuales se prueba la verdadera abnegación de los santos. Porque, como reflexiona San Gregorio Magno, «tal vez no cuesta mucho trabajo dejar

<sup>1</sup> Vida del B. Juan Baut. de la Salle, cap. 13.      <sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid. cap. 12.

los bienes exteriores; pero es en extremo difícil dejarse el hombre á sí. De seguro vale menos la renuncia de la propiedad que la abnegación completa de la propia voluntad; y esto es cabalmente lo que exige el Señor á sus discípulos.»<sup>1</sup> El verdadero discípulo de Cristo, el que sigue las huellas del apostolado, como las siguió el Apóstol de la juventud, Juan Bautista de la Salle, comprende el valor de la humillación, de la abyección voluntaria, y la acepta y la abraza, y hasta la busca con ardor. No hay duda que el amor á la cruz, esto es, la sed bien satisfecha de humillaciones y ultrajes, es el sello distintivo de los grandes santos; y eslo también, como aparece á simple vista, del glorioso Fundador de las Escuelas Cristianas. «Muchos santos, dice un elocuente orador contemporáneo<sup>2</sup>, han podido apeteer tanto como él los desprecios; pero no sé si algún otro los ha alcanzado en tan gran número y tan constantemente.» ¡Cosa rara, si no conociéramos los secretos de la santidad! Un hombre tan grande á todas luces por sus dotes naturales y sobrenaturales, tan digno del aprecio y del afecto de cuantos le conocieron ó siquiera tuvieron noticia de su obra, tan apreciado y querido realmente, es no obstante el blanco de la contradicción desde sus primeros pasos hasta el borde del sepulcro, es objeto de la crítica y la burla, del desprecio y la persecución, de la calumnia y de la envidia, y esto no por breve tiempo solamente, ni en un solo lugar, sino en todas partes, en París, en Reims, en Ruan, en Marsella, y por todo el curso de su vida de acción, que fué una lucha de cuarenta años. Hay algo más raro

<sup>1</sup> Hom. 32 in Evang., apud Breviar.

<sup>2</sup> Mons. D'Hulst, Introd. á la Vida del B. Juan Baut. de la Salle.

todavía, y es la calidad de las personas que le persiguieron: no fueron los malos solamente, fueron también los buenos, los hombres de bien, algunos sacerdotes virtuosos, y, lo que es más extraño aún, personas que le estimaban de corazón y patrocinaban su empresa, pero que no le comprendían, sin duda, ó eran víctimas del engaño y las intrigas de los malquerientes del Beato. Es verdaderamente indecible lo que al santo sacerdote le costó la formación del Instituto que tanta gloria había de dar á Dios y á su venerado Padre. Oigámoslo de la boca del mismo<sup>1</sup>. «En cuanto á mí, decía á cierto caballero con su acostumbrada sencillez, os confesaré que si Dios, al mostrarme el bien que podía obrar este Instituto, me hubiera descubierto también las penalidades y cruces que debían acompañarlo, me habría faltado ánimo, y, lejos de encargarme de él, no hubiera aplicado ni siquiera la punta del dedo para emprender esta obra. Hecho el blanco de contradicción — son sus palabras —, me he visto perseguido por muchos prelados, aun por aquellos de quienes esperaba socorro. Mis propios hijos se han sublevado contra mí, y han añadido á las cruces de lo exterior la más amarga aún, la cruz de lo interior. Los magistrados se han reunido con nuestros enemigos para derribarnos. . . . En cada maestro de escuela encontramos á un adversario declarado é irreconciliable, y todos á una han armado varias veces á los potentados del siglo para destruirnos.» Así se expresaba el varón apostólico que podía hacer, como San Pablo<sup>2</sup>, el largo recuento de las tribulaciones y contrariedades que sembraron de espinas su carrera;

<sup>1</sup> Vida del B. Juan Baut. de la Salle, cap. 25.

<sup>2</sup> 2 Cor. 11, 25.

pero que, como el mismo, podía contar sus glorias por el número y peso de sus tribulaciones<sup>1</sup>, porque ellos fueron los instrumentos de su santificación y su corona.

10. Según lo expuesto, amados fieles, los medios de que se valió nuestro héroe para cimentar y coronar su magnífico edificio, no fueron los que suministra el ingenio ni la prudencia humana; fueron los que da la ciencia de la fe, ó, mejor dicho, la locura de la cruz: la paciencia, la confianza absoluta en Dios, la humildad y la oración. Sí, la oración, la cual, acompañada siempre de la mortificación, fué su refugio, su oráculo, su único consuelo. ¡Cuántas veces se le vió retirarse por muchos días, ora solo, ora acompañado de sus buenos hermanos, ya en sus propias casas, ya en conventos y seminarios! El Beato De la Salle, dice su Vida<sup>2</sup>, fué, como lo han sido todos los santos, hombre de oración. En Reims como en París, Marsella, Grenoble, San Yon (donde acabó su santa vida), consagra á la oración la mayor parte del día y de la noche; por eso le acusan sus enemigos de que desatiende el gobierno del Instituto, siendo así que entonces lo atiende con más eficacia. En una oración incesante bebe aquella sabiduría maravillosa con que logra fundar una obra difícil, que acometieron antes que él sin ningún resultado tantos esforzados varones. ¡Cuán grande haya sido el éxito de la obra en el transcurso de más de dos siglos, es lo que no podremos ver sin profunda admiración!

### III.

11. Pocas palabras nos será permitido decir acerca de tan vasto asunto como el maravilloso resultado de

<sup>1</sup> Rom. 5, 3.

<sup>2</sup> Cap. 24.

los trabajos del Beato Juan Bautista de la Salle. No hablaremos de lo que él vió con sus ojos y le sirvió de dulce consolación en medio de tantas adversidades y amarguras. Vió multiplicarse por todas partes las nuevas escuelas, solicitadas con ansia por los prelados y los pueblos: oyó las voces de aplauso que de uno á otro extremo de Francia se alzaban en honor de su Instituto. Los resultados de la enseñanza dada por los Hermanos de las Escuelas Cristianas eran calificados de maravillosos y tales, que excedían siempre á las esperanzas concebidas por los buenos. El número de alumnos era frecuentemente superior á las fuerzas de aquellos abnegados obreros de la educación. Sería necesario hacer una larga enumeración de ciudades y pueblos para dar alguna idea de la rapidez con que se desarrolló durante la vida agitada del bienaventurado Fundador, su obra eminentemente caritativa y civilizadora. En resumen, al morir dejaba ya establecidas 23 casas, 274 Hermanos y 9.385 alumnos<sup>1</sup>. Y aún no había recibido el Instituto las Letras patentes de Luis XV y la Bula de aprobación de Benedicto XIII, que recibió seis años más tarde. ¡Cuáles, pues, no habían de ser sus progresos andando el tiempo, una vez afianzada con la doble autoridad, eclesiástica y civil! Avanza el siglo XVIII, siglo frívolo á la vez que borrascoso; y, á medida que se acerca la gran crisis religiosa y social, llamada revolución francesa, avanza también la instrucción popular, basada en los sólidos principios sobre que labró sus escuelas el Bienaventurado La Salle. Si tan funestos fueron para la religión y la moralidad los efectos de aquella gran catástrofe que trastornó hasta los cimientos del orden social;

<sup>1</sup> Vida cap. 27.

¿quién dirá hasta dónde habría alcanzado la desmoralización de las masas y la apostasía religiosa, á no haberle opuesto un poderoso dique la instrucción religiosa dada á tantos millares de hombres en las Escuelas Cristianas?

12. Pero vengamos al siglo XIX, el siglo bien ó mal llamado de las luces. No puede negarse que la instrucción del pueblo ha tomado en nuestros tiempos un vuelo extraordinario, desconocido en los siglos anteriores. En dondequiera, así en el nuevo como en el viejo mundo, se siente fiebre de instrucción: ninguna nación, por pequeña que sea y escasa de recursos, quiere quedar rezagada en este grande y universal movimiento instructorista. Francia va en este, como en tantos otros ramos de cultura, á la vanguardia de las naciones cristianas. Y ¿quiénes han sido allí los principales obreros de la educación popular, durante todo el siglo, sino los infatigables hijos del Beato La Salle? Desde el primer Imperio hasta hace pocos años, ellos han ocupado el lugar preferente en la enseñanza pública de Francia. Solamente la secta abominable empeñada en cavar la tumba al cristianismo, adueñada del poder en Francia, como en casi todas las naciones, ha venido á esgrimir hace veinte años la persecución más odiosa y sistemática contra las Escuelas Cristianas, lo mismo que contra todas las instituciones docentes del catolicismo. ¿Cuál ha sido en estas tristes circunstancias, y es al presente, la actitud de los Hermanos? La misma que hubiera adoptado, si viviera, el bienaventurado Fundador: la perseverancia y el valor. Sí, la constancia, que sólo puede infundir en las almas la práctica de la perfección evangélica. Haciendo esfuerzos sobrehumanos de caridad y abnegación, los hijos de La Salle, acogidos á un girón de libertad, burlan los planes de la conjuración anticristiana,

y levantan siempre en alto la bandera de su Fundador, condecorada con el lema de «Enseñanza Cristiana». No contentos con impartirla á los hijos de su patria, extienden su actividad á casi todos los países del globo, y América y Colombia gozan copiosamente de sus beneficios. Aquí los tenemos para mucho bien de nuestra sociedad: sepamos amarlos y apreciarlos. Medellín fué la primera ciudad de la República que mereció la dicha de poseer un establecimiento, material y moralmente magnífico, de Hermanos, gracias á la paternal solicitud de su amoroso Pastor, hoy dignísimo Jefe de la Arquidiócesis<sup>1</sup>. La Providencia lo puso á la cabeza de esta ilustre Iglesia Metropolitana de Santa Fe de Bogotá para dotarnos también con el tesoro de la enseñanza cristiana impartido por los hijos y según el método del Beato Juan Bautista de la Salle. Numerosa y distinguida juventud se acoge ya á la sombra del Padre de los niños: ¡ahí los tenéis! y ¡qué contento respiran todos ellos! y ¡qué gratitud la que profesan á sus segundos padres, los buenos directores de su educación! Y ¿cómo pudiera ser otra cosa, si en un mismo plantel diestramente regentado reciben, con el pan de la ilustración intelectual, el más exquisito manjar de la educación moral y religiosa, y una y otra impartida con amor de padres, con celo religioso, con prudente vigilancia, con dulzura y severidad hábilmente combinadas? Seguid, pues, amados niños de las Escuelas Cristianas, la senda de felicidad por donde habéis empezado á caminar, guiados por el brillante faro de la juventud, el Bienaventurado Juan Bautista y su glorioso Instituto.

<sup>1</sup> El Ilmo. Sr. Dr. D. Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá.

13. En cuanto á vosotros, respetables Hermanos, os diré, para concluir, lo que en ocasión solemne decía vuestro santo Fundador á los doce primeros compañeros de su profesión religiosa: «Vuestro objeto está bien determinado, y trazado de antemano el camino que debéis seguir. Os habéis asociado para dirigir las escuelas cristianas; á conservarlas y propagarlas debéis dedicar toda vuestra vida. . . Soldados de Jesucristo, movéis guerra á la ignorancia . . . manteneos siempre fieles á vuestra bandera: la obediencia multiplicará vuestras fuerzas haciéndolas converger todas á un mismo punto, cual es la educación cristiana de los niños.»<sup>1</sup> Por este camino, añado yo, llegaréis felizmente al término de la bienaventuranza, porque *los que instruyen á muchos en la justicia, resplandecerán como estrellas del cielo por eternidades*. Así sea.

### PANEGÍRICO DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

(predicado en la fiesta de su canonización, en Bogotá, 1900).

#### San Juan Bautista, glorioso apóstol de la educación.

Evangelizare pauperibus misit me.  
Me ha enviado á evangelizar á los pobres.  
Luc. 4, 18.

1. No hay vocación de Dios, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ni más alta, ni más gloriosa que la del apostolado. Revestidos de la propia autoridad de Cristo, Hijo de Dios, los hombres escogidos entre la flor de sus discípulos para llevar á todas partes con la luz del

<sup>1</sup> Vida cap. 13.

evangelio los tesoros de la salvación, los hombres que Jesús llamó apóstoles<sup>1</sup>, ocupan el escalón más elevado de la divina jerarquía, como verdaderos príncipes de los pueblos<sup>2</sup>, magistrados del tribunal de Cristo<sup>3</sup>, cláveros del reino de los cielos, taumaturgos, doctores y pastores de la Iglesia, en una palabra, esplendorosas lumbreras puestas por Dios para guiar á todo el género humano<sup>4</sup>. Verdaderamente ellos son los grandes, los distinguidos entre los amigos de Dios: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus*<sup>5</sup>.

«Pero hay algo todavía más grande y excelente que la vocación apostólica; y es la fidelidad del hombre en corresponder á ella; y la consagración del apóstol al cumplimiento de los gravísimos deberes que le impone, de suerte que pueda, al terminar su carrera gloriosa, decir como el Apóstol por antonomasia: *Bonum certamen certavi . . . in reliquo reposita est mihi corona iustitiæ*. . . .<sup>6</sup> Sí, cristianos, esto es más grande, porque en esto precisamente está cifrada la gloria del apóstol, como lo declara San Pablo escribiendo á los corintios: «¡Ay de mí si no predicara el evangelio! Pero esto hágolo de buena voluntad, no forzado de la obligación, y así es como merezco recibir la recompensa. Y ¿cuál es ésta, sino hacerme libremente esclavo de todos, á fin de ganarlos á todos para Cristo; hacerme débil y pequeño con los pequeños y débiles para salvarlos á todos?»<sup>7</sup>

2. Ved aquí, carísimos oyentes, lo que esmalta la corona de gloria que ciñe la frente del varón insigne

<sup>1</sup> Luc. 6, 13.    <sup>2</sup> Eccl. in off. Apostol.

<sup>3</sup> Sedebitis iudicantes . . . (Matth. 19, 28).

<sup>4</sup> Vera mundi lumina (Eccl. ubi supra).

<sup>5</sup> Eccl. ubi supra.    <sup>6</sup> 2 Tim. 4, 7 sq.

<sup>7</sup> 1 Cor. 9, 16 sqq.